



CRONICA DE UN CRIMEN

● Miguel de los Santos Reyero: *EL ÚLTIMO HERMOSO CRIMEN*. Tiempo Nuevo, Caracas, 1972. 290 pp. D. Alfa.

ENTRE los "hermosos crímenes" que, según expresión propia, cometiera el dictador Trujillo, ocupa un lugar especial el intentado en 1960 contra Rómulo Betancourt, presidente de Venezuela. Investigaciones realizadas precisamente a nivel de O.E.A., no pueden dejar dudas al respecto. Pero, naturalmente implicados hubo muchos, de dentro y de fuera, y el autor, periodista español radicado hace tiempo en Venezuela, laureado como tal y como autor de un cuento que obtuviera el segundo premio en el concurso anual del diario "El Nacional" elabora aquí una crónica con todas las minucias adyacentes, noveladas al gusto y a modo de monólogo confidencial, en donde desvíos y digresiones, al correr del relato, se suceden con tanta incontinencia, que no es fácil a veces seguir el hilo del asunto.

Queda así dicho cuáles son las virtudes y defectos de la obra, secuela inevitable de una facundia que abarca demasiado y no aprieta en donde debe, sobre todo al decir muchas cosas no coincide, como en este caso, con tener muchas cosas que decir. Y eso de no hacer punto y aparte, de montar una frase en otra y de encimar escenas distintas en un mismo párrafo termina por parecer empastelamiento sin que pueda apreciarse lo que importa, y dejándonos al leer la penosa sensación de quien siente que se está cayendo sin que termine nunca de caerse: herencias de Joyce que suelen cobrarse en moneda más o menos depreciada.

Debe concederse no obstante que el autor eligió una agilidad y versatilidad acorde con sus posibilidades, un estilo de información in voce que ni de encargo para dar cuenta de esos diálogos, chismes y suposiciones con que la fantasía popular gusta adobar casi siempre los acontecimientos. Pero lo malo es que no se ahonda, que no se tienden líneas más allá de una revelación que no revela nunca demasiado. Ver el mundo a través del ojo polifacético de las moscas, no es ver más o mejor sino simplemente complicar la superficie. Y es que el autor se mantiene demasiado adentro de lo que relata o, mejor dicho, de lo que conversa. Había falta algo así como un destino suelto, algún desapego, ese resquicio de olvido por donde el novelista a menudo introduce el recuerdo de la verdad que importa. Trujillo no puede serlo todo. El hombre es más que Trujillo o Betancourt, como para encerrarnos en su circunstancia condenados a oír de qué modo conversa el autor por boca de todos, con sus preocupaciones de un metro cincuenta cuando mucho. Y eso lo decimos sin desconocer que logra componer un succulento budín, abundante en pasas y piñones, que en muchos pasajes alcanza notable efectividad, y que consigue en general evocar el aire de la época a través de una impresionante catarata de "pitos y flautas". Y es que si bien ese procedimiento resulta muy útil para descalificar satíricamente alguna circunstancia irrelevante, sería necesario el desahogo de alguna realidad compensatoria, ese "sí" sin el cual el "no" demasiado reiterado se reduce a un largo rezongo que no conduce finalmente a ningún lado.

WASHINGTON LOCKHART